«delinearlo; pero si alguno quisiese darlo á luz, es preciso que «supla mucho que he callado. Entre tanto, suplico á vuesa mer«ced que crea que venero mucho la memoria del Sr. Vicente, y «que tengo por honra singular el haber sido conocido y amado «de él."

Por esta breve relacion puede conocerse el poco apego que tenia el corazon de Vicente á todo interes propio, y cuán desnudo estaba de aquellas pasiones que son hijas de los afectos humanos: y no menos se echa de ver la pureza de su intencion, obrando en todo solo por Dios y segun su divino beneplácito. Es de admirar verle tan olvidado de los bienes temporales en medio de la pobreza, y mucho mas que estando rodeado de hijos, no cuidase del progreso de su Congregacion mas que cuando claramente conocia la disposicion del cielo. Sin duda amaba tiernamente á los suyos, y solo pudo hacerle olvidar este afecto el amor divino.

En lo que se va á referir se notará no solamente el desprecio con que miraba sus propias comodidades, sino tambien la firmeza que tenia para conservar en todo su vigor el espíritu de la Congregacion. Habiendo convenido Vicente y los religiosos de San Lázaro en los principales artículos de la escritura de donacion, sólo faltaba uno, que estos miraban como de poca consideracion, y aquel como muy importante para el beneficio de su Congregacion. Deseaba el prior que sus religiosos habitasen en unos mismos dormitorios con los misioneros, juzgando que con el ejemplo de estos, se aficionarian aquellos al retiro. Pero conociendo Vicente que esta comunicacion con personas no acostumbradas á tan estrecho silencio podia ocasionar alguna relajacion en los suyos, que tienen por regla no hablar entre sí mas que en tiempo de la recreacion, que es una hora despues de la comida y otra despues de la cena, no quiso acceder á esta solicitud de los religiosos, y estimó tan importante esta regla para la perfecta observancia de las demas, que declaró que mas queria quedarse sin el monasterio y sus rentas, que admitir este artículo. Por lo que, escribiendo al dicho cura de San Lázaro sobre este asunto, le decia entre otras cosas: «Quiero mas que permanez«camos en nuestra pobreza, que poner un impedimento á lo que «Dios ha manifestado que quiere de nosotros."

Sabia Vicente, y repetia muchas veces á los suyos, que el re-

tiro es muy necesario á los que hacen profesion de ayudar espiritualmente al prójimo, porque con la oracion se preservan de la distraccion de espíritu que ocasionan la tibieza y relajacion en los que procuran despertar el temor de Dios en otros. Por esta razon se opuso á la cláusula antes dicha, que en fin, se anuló; pero admitidas las otras, se hizo el instrumento público en que cedian el prior y religiosos de San Lázaro á favor de la Congregacion de la Mision, su monasterio, con rentas y demas que le pertenecia; documento que firmó tambien el arzobispo de Paris, á quien tocaba la colacion del priorato, y algun tiempo despues el Sr. Urbano VIII. Igualmente el rey cristianísimo espidió real cédula, á pesar de un litigio que se suscitó, y durante el que Vicente manifestó su perfecta conformidad con la voluntad divina, porque mientras los abogados defendian la causa, él permaneció ante el Santísimo Sacramento rogando á su Divina Magestad que dirigiese las cosas segun fuese de su agrado; como manifestó despues á un amigo suyo, escribiéndole que Dios le habia concedido en esta vez una indiferencia que jamas habia tenido igual en los negocios temporales.

CAPITULO XXI.

Muerte del prior de San Lázaro, y gratitud que le tributó Vicente.

Como antes hemos dicho, Adrian Le Bon, prior de San Lázaro, fué la persona de quien Dios se valió para poner á Vicente y su compañía en la casa de San Lázaro. No solo consintió en la donacion de ese edificio, sino que rogó á Vicente durante un año que lo admitiese, y persistió en su ruego á pesar de la resistencia que oponia este, haciéndole tanta instancia y suplicándole tanto para que admitiese la casa y el priorato, cuanto otras personas no hubieran hecho al mismo prior para que se las cediese; de tal suerte, que entre estos dos siervos de Dios se entabló una competencia de virtudes, rara y tal vez única en nuestros tiempos, en que la humildad de Vicente luchaba contra la caridad del buen prior, y el amor de la pobreza contra la liberalidad; y si la obe-

diencia á las órdenes de Dios, que al fin conoció Vicente y no se atrevió á desatender, no hubiese terminado esta lucha, sin duda hubiera durado por mas tiempo, y quién sabe si en esta vez la virtud mas grande hubiera tenido que ceder el campo á otras inferiores, aunque con el tiempo triunfase de cualquier otro modo tan escelente, aunque menos ventajoso para el progreso de la Congregacion de la Mision.

Conservó el caritativo prior su habitacion y la de sus religiosos en San Lazáro, y no será fácil pintar todas las manifestaciones de cariño y todos los servicios que recibió de los misioneros durante el resto de sus dias; pero particularmente de Vicente que lo consideraba como el bienhechor y verdadero padre de los misioneros que vivian en San Lázaro. Estudiaba con particular empeño el modo de agradarlo, de servirlo, de manifestarle respeto y cariño con un espíritu verdadero de sincero y filial reconocimiento; y esto lo hizo por mas de veinte años, hasta el de 1651 en que quiso Dios sacar de este mundo, el mismo dia de pascua, á este verdaderamente bueno y caritativo prior, para llevarle á gozar en el cielo los frutos de su caridad.

El zelo con que Vicente lo habia honrado y amado durante su vida, resplandeció en gran manera en el momento de la muerte de su bienhechor, á quien asistió con el afecto y cuidado que le inspiraba el interes que tenia por la salud eterna de una alma que tanto estimaba. Hizo que los misioneros que se hallaban entonces en la casa, rodeasen la cama de aquel interesante moribundo para rogar á Dios por él, y el mismo Vicente rezaba las oraciones de los agonizantes y otras mas, sugeridas por su caridad durante la larga agonía del prior.

Luego que este exhaló el último suspiro, á los setenta y cinco años de su edad, y concluida la recomendacion de su alma, se levantó Vicente, y habló á los que estaban presentes en estos términos.

«En fin, hermanos mios, ya está nuestro buen padre delante «de Dios;" y luego, levantando los ojos al cielo añadió, «Dig«naos, Señor, por vuestra bondad aplicarle las buenas obras que «esta Congregacion pueda haber hecho, y los pequeños servi«cios que hasta ahora ha procurado haceros; os los ofrecemos, «Dios mio, y os suplicamos le apliqueis la eficacia de ellos. Tal

«vez muchos de nosotros estariamos hoy en la indigencia si él «no nos hubiese recibido para alimentarnos: cuidado, hermanos «mios, con caer en el negro pecado de ingratitud hácia él y to«dos los demas señores de esta casa, de quienes somos hijos adop«tivos, y á quienes debemos mirar y respetar como á padres. «Reconozcamos siempre el gran beneficio que nos han hecho, «y tratemos de acordarnos todos los dias del buen prior y de ro«gar á Dios por él."

Hizo Vicente los funerales con gran devocion, celebró la misa por su alma, y dispuso que se celebrasen otras muchas en la iglesia de San Lázaro, y ademas, á todas las casas de su Congregacion escribió en estos términos: «Dios ha tenido á bien de«jar huérfana á esta compañía, quitándole al padre que nos ha«bia adoptado por hijos, el prior de San Lázaro, que murió el «dia de pascua, despues de haber recibido los sacramentos, y con «tal conformidad con la voluntad de Dios, que durante toda su «enfermedad no ha manifestado la mas ligera señal de impa«ciencia, así como tampoco en sus achaques anteriores. Ruego «á todos los sacerdotes de vuestra casa que digan misas, y á to«dos nuestros hermanos que comulguen por su intencion."

Hecho esto, dispuso Vicente que se pusiese un espresivo epitafio en medio del coro de la iglesia de San Lázaro y cerca del sepulcro de este caritativo hombre, para perpetua memoria de los beneficios á que ha sido deudora y desea siempre reconocer la Congregacion de la Mision, y ademas se resolvió que cada año, el 9 de Abril, dia en que murió, se celebrara un solemne aniversario por su alma.

CAPITULO XXII.

Se ha opuesto siempre Vicente con mucha fuerza á los errores del Jansenismo.

Siempre los santos han tenido por grande honor permanecer en una humilde dependencia, no solo á las órdenes de la voluntad de Dios, sino tambien á la conducta de su Iglesia, pues han hecho profesion de someter á ella su libertad, obedeciendo con

exactitud las leyes que prescribe, y su razon creyendo completamente las verdades que enseña, cautivando de este modo su entendimiento para honrar á Jesucristo, que es el dueño soberano de todo.

Los que conocieron á Vicente han podido notar que entre sus virtudes mucho sobresalió la sumision á la Iglesia, y que cuando esta hablaba, ya para establecer alguna ley, ya para esplicar alguna verdad ó condenar el error, Vicente no tenia lengua para replicar ni entendimiento para discurrir en contra, sino solo oidos para oir y corazon para someterse sincera y perfectamente á todo lo que se le prescribia ó le proponia la Iglesia.

Y esto practicaba santamente cuando aparecieron los nuevos errores del Jansenismo, y aun mas cuando fueron condenados por las constituciones de los Sumos Pontífices.

Luego que se publicó el libro de Jansenio titulado *Augustinus*, y que la novedad de sus opiniones comenzó á suscitar muchas disputas entre los doctores, el fiel y prudente siervo de Dios trató de no alucinar su razon, recordando el consejo del Apóstol, de no creer á cualquier espíritu, sin examinar si es espíritu de Dios; y las íntimas relaciones que habia tenido con uno de los principales autores de la secta del Jansenismo, lo autorizaban á juzgarlo sospechoso en asuntos de religion, como mas particularmente veremos en el capítulo siguiente. Pero cuando las constituciones de Inocencio X y Alejandro VII que condenaban la nueva docrina se publicaron con la autoridad de los prelados, no solo creyó Vicente que debia someterse enteramente al juicio de la Santa Sede, sino que hizo manifiesta profesion de esta sumision, menospreciando consideraciones políticas y respetos humanos que pudieran separarlo de ella, y declarándose enteramente opuesto á las doctrinas y á los designios que pudieran tener sus autores.

Practicólo así con tanta energía como prudencia, pues no decia mas que lo que convenia no callar, ya con el fin de que se confirmasen en sus ideas los que admitian la decision de la Iglesia, ya para reducir á los que se declaraban contra la misma decision, ó ya para fijar la opinion de los que titubeaban en esta materia. Y aunque en todas ocasiones manifestó un gran zelo en sostener las constituciones de los papas y en atacar los sofismas

de los que capciosamente querian eludir la ejecucion, tuvo sin embargo un gran cuidado en hacer distincion entre el error y las personas, atacando á aquel, y estimando sincera y cordialmente á estas, de las que hablaba con mucha reserva, guiado siempre por el espíritu de caridad y nunca por el de indignacion. Aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban, y hacia caritativos esfuerzos para reconciliarlos con la Iglesia, á tal punto, que despues de la publicacion de la bula de Inocencio X, fué á Port-Royal á invitar á algunos jansenistas que allí estaban, para proponerles con la mayor dulzura y delicadeza que se redujesen á la sana doctrina; pero sus esfuerzos no produjeron fruto alguno.

Particularmente cuidaba de que todos los clérigos de su Congregacion, no solo profesasen una entera obediencia á las decisiones de la Iglesia, sino tambien de que estuviesen libres hasta de la sospecha de contagiados con las doctrinas condenadas; y si alguno habia que no se sometiese á aquellas decisiones, le obligaba á separarse de la Congregacion.

Estendióse la vigilancia y caridad de Vicente á todas las partes de la Iglesia que necesitaban un auxilio para impedir la entrada de la nueva y falsa doctrina; y como notaba que los defensores de ella se empeñaban en introducirla con diversos artificios en los monasterios y comunidades de mugeres, considerándolas mas fáciles para abrazar el engaño, pintado con el colorido que siempre dan á sus perniciosas máximas los falsos profetas, echó mano de cuantos recursos estuvieron á su alcance para que estos lobos vestidos con piel de oveja no destrozaran esa preciosa porcion del rebaño de Jesucristo, y ni aun pisasen los umbrales de los monasterios que estaban bajo su direccion.

De iguales precauciones y prudentes medidas hacia uso en el Consejo de negocios eclesiásticos, para impedir que los cargos y dignidades de la Iglesia se confiriesen á los sectarios de la doctrina condenada ó á los que fundadamente se sospechase que podrian serlo.

Condújolo, en fin, su zelo por la unidad de la Iglesia y la defensa de la doctrina ortodoxa, á escribir varias veces á muchos obispos del reino, ya para exhortarlos y animarlos á que se opu-

siesen á los tiros de los enemigos de la verdad, ya para darles varias noticias á fin de que estuviesen alerta contra sus sorpresas. En el siguiente capítulo copiaremos algunas cartas que escribió este gran siervo de Dios á varios obispos, y en ellas se verá como supo conciliar el respeto debido á su dignidad con las caritativas advertencias que les hacia en obsequio de sus personas; siempre sus palabras y sus acciones llevaban por compañeras la humildad, la discrecion, la prudencia y la caridad.

Mas como poco valen los esfuerzos y la industria de los hombres si no les ayuda el poder del cielo, quiso Vicente, poniendo toda su confianza en Dios, recurrir y que cada uno recurriese á la oracion, para que se dignase el Señor mirar con ojos de misericordia á su Iglesia, y no permitir que el espíritu de error y de mentira se estendiese mas entre los fieles. Decia que las armas mas poderosas para combatir los errores que se divulgaban, eran la oracion y la práctica fiel de las virtudes opuestas á los vicios de los que se empeñaban en sostenerlos; que al orgullo y alto concepto que tenian de sí mismos, era necesario oponer una profunda humildad; á los elogios que mendigaban y que mutuamente se hacian, un amor á la abyeccion y al menosprecio; la rectitud y sencillez de corazon, á los artificios, disfraces, falsedades é imposturas de que se valian para encubrir sus errores y disminuir su deformidad; en fin, una ardiente caridad que no pudieran apagar las corrompidas aguas de las contradicciones, murmuraciones y calumnias que el espíritu de la mentira emplea siempre para oprimir y sofocar la verdad.

Frecuentemente se le oia decir y repetir lamentándose, que temia mucho que la causa del golpe que habia recibido la Religion con la nueva heregía, fuese la corrupcion de costumbres y los desarreglos que se notaban en la vida de los habitantes de aquel reino, quienes siendo cristianos, vivian segun las máximas mas opuestas al Evangelio de Jesucristo; y que si no trataba cada uno de corregirse y apaciguar la justa ira de Dios, debia con fundamento temerse el efecto de una amenaza semejante á la que hizo á los judios, de quitarles el reino de Dios y colocarlo en otras naciones que mejor lo apreciaran; que á la vista está el triste ejemplo de otros reinos en que floreció tanto la religion y la piedad, como la Inglaterra, la Dinamarca, la Suecia y una gran parte de

la Alemania, los cuales por un justo juicio de Dios habian caido en la heregía; que la desgracia de los reinos vecinos, debia hacer que fuese aquel circunspecto; y en fin, que como la fe era un don de Dios que habia concedido al género humano por los méritos de la sangre y muerte de Jesucristo, debia apreciarse sobremanera y conservarse con esquisito cuidado.

CAPITULO XXIII.

Continúa el mismo asunto.

Bien pudo el siervo de Dios Vicente decir con el Santo Job, á causa de los errores que perturbaron la tranquilidad de la Iglesia en este siglo, que le habia acontecido aquello que mas habia temido, y que se habia visto empeñado en un lance que siempre por tan peligroso habia mirado con temor. [1]

«Toda mi vida, decia una vez á su comunidad, he tenido «miedo de encontrarme con el nacimiento de alguna heregía. «Veia el gran daño que habia hecho la de Lutero y Calvino, y «cuántas personas de toda clase habian chupado el pernicioso «veneno, queriendo gustar la falsa dulzura de sus pretendidas «reformas; mi temor ha, pues, consistido en hallarme iniciado «en los errores de alguna nueva doctrina sin tener conocimien«to de ello, y por eso, repito, siempre temí esto.» Y mas de una vez dijo lo mismo á diversas personas virtuosas y de su confianza.

Pero dispuso Dios por particular providencia que sucediese á su siervo lo que tanto habia temido, permitiendo que en su tiempo naciera en la Iglesia el Jansenismo, y aun mas, que Vicente de antemano tuviese amistad con uno de los principales autores de la secta; esto sin embargo sirvió para hacer resplandecer mas la fe y el vigor de su zelo, y poner en la Iglesia una columna de fierro y un muro de bronce para sostener y defender la verdad.

1 Timor quem timebam evenit mihi; et quod verebar accidit. *Job.* III.